

Las locuras razonantes. El delirio de interpretación (1909) (Un caso de delirio de interpretación erotomaniaco)

B... Joseph, treinta años, ingresado en el Asilo de Sainte-Anne (servicio del Profesor Joffroy), desde 1902. No se sabe mucho de los antecedentes hereditarios. Estigmas de degeneración: ligero tartamudeo, nistagmus, malformación de las orejas. Gestos exuberantes, mímica expresiva. Tiene una opinión de sí mismo muy considerable: se jacta de su mucho saber, ha coqueteado con todas las ciencias, pero se interesa sobre todo por la psicología experimental, materia en la que ha profundizado estudios en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia. Un hombre de tal valor no podría ejercer una profesión banal: el es «médium comendador, profesor de terapéutica magnética, capaz de adormecer con un solo gesto a diez sujetos a la vez. La degradación de la materia y el desdoblamiento de la personalidad no tienen para él secreto alguno. Su nombre, de origen demasiado plebeyo, carece de prestigio. Toma por ello un seudónimo más sonoro, el de José Palma.

El inicio de su delirio data de 1899. Por aquel entonces, frecuentaba la ópera cómica, en la que no pasó desapercibido para la Señorita G..., «alma purísima y muy cándida, la cual se prendó locamente de él». En el escenario, ella se giraba para mirarle. Sus gestos, sus saludos gráciles, sus maneras apasionadas –debidas a su papel–, sus canciones amorosas, estaban dirigidas especialmente hacia él. Cuando correspondía, él le contestaba con signos que su poder magnético hacía comprensibles.

Al regreso de un viaje que la actriz realizó a Niza, el candor y el encanto de los que antes hacía gala se habían esfumado, ella le engaña; él le escribe una carta de ruptura. En la representación de la tarde la Señorita G... no puede contener sus lágrimas, pero los lloriqueos no ablandan a B... en su resolución. La cantante abandona el teatro y él atribuye su partida al cese de su amor.

Pero en ese momento sus interpretaciones le han designado ya a otra actriz más enamorada de él aún, la Señorita R, que le dirige desde la escena las mismas confesiones. Este nuevo amor dura poco; la infiel estaba casada.

Pero por otra parte, ya desde el inicio de sus relaciones ficticias con G..., B... se había dado cuenta de que la Señorita D..., también actriz del mismo teatro, trataba de seducirlo. Le tendía los brazos, exclamaba en *Orfeo*: «Poeta de los amores, ven a dormir sobre mi seno, etc.», pero él se mostraba impasible: D... no era a su juicio tan pura, se evidenciaban deseos carnales. Hacia 1901, no obstante, él cedió. D... se convirtió en su tercera señora, en su imaginación.

Cada vez que ella actuaba, él asistía al espectáculo, comenzando entre ellos

una conversación sentimental. Ella le lanza miradas muy significativas, canta para él, siempre se vuelve de su lado, incluso alguna vez le ha llamado por su nombre: «Mi José», dice ella con ternura en *Carmen*. Cuando corresponde, él sabe hacerse entender por un guiño, un gesto.

Reflexiona, toma su pluma, y como se cree poeta, compone para ella «poesías de un vuelo soberbio con las que hace vibrar su corazón». Varias veces por semana le envía largas de esas retahílas inflamadas que ella lee con una emoción que se puede constatar en sus entradas en escena.

Conviene finalmente en tener una cita: ¡con cuánta alegría ella acepta! Ella jamás falta a sus encuentros: el coche llega, el chofer le advierte con un gesto de que «ella está allí». Desgraciadamente siempre, ya sea por el mal tiempo, ya sea por un contratiempo súbito, la Señorita D... rechaza exhibirse y permanece oculta.

Cierta tarde, no habiendo visto el coche, le escribe: «¡Ayer, cuando no te vi, perdí la cabeza! Caminé, llorando y rabioso. Te busqué entre los coches. Estaba tan colérico que premedité un crimen!».

Esas amenazas no se volvieron a repetir; con frecuencia le viene la idea de suicidarse: «¡oh! qué dolor, escribe, unámonos en el amor y muramos juntos! ¡Estoy dispuesto!».

Sigue convencido de ser amado. D... está muy celosa. Espía todas sus salidas: se fija frecuentemente en el ir y venir de su coche; es D... que le espía. Si por un casual él se detiene en la acera para charlar con alguna jovencita, en seguida siente los ruidos del coche sobre los adoquines para advertirle. Si se queda en su casa, los coches pasan bajo sus ventanas, y algunas veces los cocheros se ponen a silbar para llamarlo y hacerle saber que D... le espera. Algunas veces él se ha presentado en su casa, tras advertirla en el teatro; pero siempre caprichosa, la Señorita D... ya había salido cuando él llegaba. Por último, un buen día ella le abre su puerta, pero dos agentes se abalanzan sobre él.

En Sainte-Anne protesta contra su internamiento: es la víctima de un ingente complot en el que la Señorita D... es únicamente un instrumento. Poco a poco su amor pasa a un segundo plano: se teme de él sobre todo al «médium comendador», se le quiere impedir que continúe con sus curas maravillosas: «el sindicato médico ha jurado hacer desaparecer el magnetismo... ¡pero desgraciado aquel que se interponga en mi camino! Me iré de Francia, es un país en el que no tiene cabida un hombre de mi talla. Debo decir, sin pretender con ello imponerme, que he hecho curas maravillosas. No es la ciencia fáctica la que puede hacerse nacer de tales obras y operar tales prodigios».